

Libertad sin esperanza

René Daumal

Nota y traducción de Jorge Lebedev

A René Daumal se lo recuerda, sobre todo, por El monte análogo, su novela inconclusa y póstuma, cuya traducción al castellano se conoció por primera vez en Buenos Aires (Editorial Mondouveau, Entregas del A Bao A Qu, 1961) y es cada tanto plagiada por abusivos fabricantes de libros. Esta intermitente permanencia en la memoria de los lectores y en los anaqueles del comercio revela, al mismo tiempo que la perdurabilidad de la obra del escritor nacido en 1908 en Boulzicourt (Ardenas, Francia), el equívoco reconocimiento de algunos de sus admiradores. Relato “iniciático” que describe las aventuras de un extravagante personaje que parte en busca de la montaña donde se unen la tierra y el cielo, El monte análogo constituye sin duda un viaje anclado en referencias simbólicas; tampoco resulta ajeno a una personal vivacidad narrativa, aunque a menudo suela conectar con las inquietudes astrales de un primario orientalismo reactivado por el fracaso de las ideologías modernas.

La experimentación de Daumal no pertenece, sin embargo, a esta categoría; conocedor temprano de las teorías de Hegel y de la filosofía hindú (aprendió sánscrito en la adolescencia y tradujo luego varios libros fundamentales del budismo), sus reflexiones parten de la “evidencia absurda”, del “escándalo de la separación” y del estado de sueño que caracteriza la vida de los hombres. Buceó sin concesiones en la búsqueda de un camino unificador de lo Absoluto, que superara la escisión entre conciencia y mundo. En ese recorrido conoció la experiencia de la droga, que abandonó tempranamente, y también a George Ivánovich Gurdjieff, un excéntrico caucasiense que predicaba el saber oculto y las enseñanzas

del Cuarto Camino en una lujosa mansión de las afueras de París. Con Gurdjieff mantuvo esporádicos contactos; nunca se separó, en cambio, de los entendimientos metafísicos de su maestro Jarry; más interesado por la ciencia de lo particular, por el estudio de las leyes que rigen las excepciones.

Los reclamos del espíritu —que en algún punto lo acercan a una perspectiva camusiana— no introdujeron a Daumal sólo en la indagación filosófica; nunca abandonó la poesía, que ejerció hasta sus últimos días. Usó versos secos y cortantes, a veces rocosas imágenes surreales extraídas de las bóvedas de la desesperación: el grito de la negativa de ser nada, la atracción de los pájaros muertos, de los barcos que perdieron sus colores, el polvo de las rutas, la ausencia de compañeros de exilio concilian, empero, con la transparencia de “Hechos memorables”, iluminación sin duda memorable. No se ha registrado todavía un reconocimiento merecido de la poesía de René Daumal.

En 1928 fundó la revista Le grand jeu junto a sus amigos Rolland de Renéville, Roger Vailland y Roger Gilbert-Lecomte; la publicación duró tres números en plena etapa de ebullición del movimiento surrealista, con el que el grupo mantuvo sucesivos momentos de acercamiento y beligerancia. Todo fue intenso, breve y p r e m i a t u r o en la vida del poeta: murió de tuberculosis a los treinta y seis años. El ensayo “Libertad sin esperanza” aparece recogido en el volumen Chaque fois que l’aube paraît (NRF, París, 1953); “Hechos memorables” se incluye en Poésie noire, poésie blanche (NRF, París, 1954). Ambos textos permiten aproximarse a las tensiones íntimas de un autor cuya existencia no pasó en vano.

El ojo hundido y brillante ve puertas por todas partes, y el hombre se arroja hacia ellas con la frente alta. Observa el cielo vacío y el espacio libre. Cada objeto representa la señal de una potencia. Pero, ¿qué va a elegir? Dioses tiránicos vienen a guiarlo y solicitarlo: deseo, interés, amor, belleza, razón. Se propone elegir libremente y por sí mismo. No quiere aceptar ningún motivo que justifique la acción. Una meta resulta para él un amo. Quiere desear por desear. El “acto gratuito” es —dice— el único acto libre, y la voluntad que decide libremente un acto, no guiada por la razón ni dirigida hacia un fin, el único valor que puede alojarse en el alma.

Es aquí donde comienza a morir el espíritu de rebelión, pues desde que creyó descubrir en sí mismo una ruta para explorar, una nueva realidad para alcanzar, las acciones se vuelven indiferentes y el universo extraño. El que ha llegado a este punto se mueve en el mundo y ejercita las acciones propias del hombre con un pensamiento constante: “Puesto que soy diferente de todos estos seres, mis semejantes en apariencia; puesto que soy un ángel y que sólo eso me importa, ¿por qué obrar de un modo distinto?”. Observa al mismo tiempo que obrar contra una ley significa obrar todavía según esa ley; que obrar *s i s e* emáticamente contra el deseo significa aun obedecerlo. Es la atracción de la tierra la que hace que la pelota se aleje de la tierra. Este hombre, que cree ser un disfraz, en cada uno de sus actos se dice con una risa interior: “Sí, obro verdaderamente como un hombre”.

Él no ríe de sus acciones con la risa abyecta de un vencido, sino con la risa desesperada de quien, dispuesto a suicidarse, ha juzgado luego inútil apretar el gatillo. El divorcio con el mundo hace que el mundo se vuelva indiferente al espíritu, a menudo próximo a la desesperanza; pero se trata de una desesperanza que ríe del mundo. Si el espíritu se separa de las cosas, al mismo tiempo el cuerpo se separa de los otros cuerpos; su rigidez lo aísla y cubre el rostro con la máscara muscular de la ironía. El rebelde cree haber encontrado la paz, a menudo cree conservarla durante toda su vida, pero se halla encerrado en una máscara rígida de desprecio. El espíritu toma el hábito de decir a todo lo que padece o practica el cuerpo: “No es importante”. Y el hombre cree haber encontrado la salvación. La existencia y los bienes de este mundo pierden su valor, nada hay que temer y el alma continúa su búsqueda de la pureza en esta rigidez del orgullo, la del estoico.

Una sola cosa importa, dice el hombre que ha llegado hasta allí, y es la paz interior. Cree obtenerla por esa tensión de la voluntad que se niega a participar en la vida humana. Pero nada puede enriquecer el alma en el exilio; ella no hizo otra cosa que replegarse sobre sí misma y, en su prisión abstracta, se separó tanto del cielo como de la tierra. El pesado tedio y la sequedad, con sus cortejos de tentaciones, le harán sentir su inmovilidad y su sueño.



René Daumal

Una noche, el hombre se asoma a su ventana y observa el campo. Objetos pálidos y hormigueantes, nieblas o espectros salen de las tierras labradas y se deslizan hacia las casas; un gato imita el canto de muerte de un niño que está siendo estrangulado, y los perros bajo el claro de luna reencuentran en el fondo de sus gargantas la voz poderosa de los lobos de la estepa. El hombre, en su ventana, siente crecer monstruosamente un salvaje deseo animal de ir también él a aullar y danzar bajo el claro de luna, de correr tiritando con la luz glacial, y de aventurarse hasta las casas para espiar el sueño de los hombres y robar quizás a un niño dormido. Un animal, un lobo renace en él y crece, inflama su garganta y su corazón. Se va a poner a aullar. ¿No? ¡Él es fuerte! Con un gesto brusco se echa hacia atrás, cierra la ventana y quiere convencerse de que se trata de una ensoñación. Sin embargo, algo se crispa en la cavidad de su estómago como antes,

en su infancia, cuando pensaba en la muerte. Tiene miedo. Pero el miedo es indigno de él: ¿no está acaso armado contra ello? “¿Qué me importa!”, ensaya decir. Duda, sin embargo. Se acuesta; pero si trata de resistir la angustia no podrá dormir. Poco a poco pierde la confianza en sí mismo; se abandona a la somnolencia y de inmediato los demonios hacen su entrada. Tendrá por compañeros nocturnos al súcubo leproso y sin nariz; al hombre-rana con olor a pescado y a la innoble cabeza hinchada de sangre violeta que se balancea sobre sus piernas de pato. El mundo despreciado toma su revancha sobre la garganta contraída, sobre su corazón muy poco seguro de vencer, sobre su vientre, donde los monstruos aprietan las garras. A la mañana, encuentra quebrada su fe.

Tentaciones del sufrimiento, del miedo o del tedio, que intiman al alma a sobrepasarlas o a dejarse aplastar, feliz al reconocerlas, porque reconoce su error. Una solu-

ción abstracta no resuelve nada, el hombre no se salva más que por entero: el entendimiento sólo puede partirlo en cuerpo y espíritu, pues el entendimiento conoce, separa por método para darse un objeto. Una solución abstracta no es otra cosa dentro de la sociedad; opera en ella el mismo mecanismo de represión. Se pueden ver naciones en apariencia bien controladas, pero donde sin embargo no existe sino una represión de los instintos que, con el control violento del aparato policiaco, difícilmente lleguen a manifestarse; pero encuentran un libre curso entre quienes más fácilmente escapan a la opresión, por ejemplo entre los agentes de este aparato. Esos hombres se convierten en instrumentos de la crueldad animal que despierta; en dependencias de la policía, los defensores del orden atan con cuerdas a un hombre arrestando en una manifestación pública, bajo un pretexto cualquiera, y le hunden los ojos, le desgarran las orejas a golpes de puño o bien le encadenan la planta de los pies hasta que confiese lo que desean hacerle confesar. Semejantes síntomas indican que esta sociedad no ha dominado las pasiones que se desarrollan en su seno, sin duda porque pretende resolver el problema de la justicia aplicando a las relaciones humanas las soluciones propuestas desde lejos por algunas inteligencias; significa una advertencia para la sociedad el quedar a merced del menor desfallecimiento ¡Feliz si puede reconocer las señales! Así sucede en el individuo; después de estas revelaciones, debe reencontrar la fe que había creído poseer.

Existe un inmenso orgullo en el fondo del altivo desprecio del mundo. El hombre pretende afirmar su ser fuera de toda humanidad y así se encadena, no solamente por el orgullo que fija su espíritu en la afirmación de sí; también por la potencia del mundo que intentó despreciar. La única liberación consiste en darse íntegro en cada acción, en lugar de fingir que consiente en ser hombre. Que el cuerpo se deslice entre los cuerpos según el camino trazado, que el hombre se hunda entre los hombres según las leyes de su naturaleza. Hace falta entregar el cuerpo a la naturaleza, las pasiones y los deseos al animal, los pensamientos y los sentimientos al hombre. Por este don, todo lo que constituye la forma del individuo vuelve a la unidad de la existencia; y el alma, que sin cesar supera toda forma y no es alma sino a este precio, vuelve a la unidad de la esencia divina, por el mismo acto simple de abnegación. A la unidad reencontrada bajo dos aspectos y en un único acto que los reúne la denominó Dios. Dios en tres personas.

La esencia del renunciamiento consiste en aceptar todo negándolo todo. Nada de lo que tiene forma soy yo: pero las determinaciones de mi ser se arrojan al mundo. Después de la rebelión que busca la libertad en la elección posible entre varias acciones, el hombre debe renunciar a realizar cosa alguna en el mundo. La libertad no es libre arbitrio sino liberación, negación de la autonomía indi-



El monte análogo es un relato “iniciático” que describe las aventuras de un extravagante personaje que parte en busca de la montaña donde se unen la tierra y el cielo.

vidual. El alma rehúsa modelarse a imagen del cuerpo, de los deseos, de los razonamientos; las acciones se vuelven fenómenos naturales y el hombre obra como cae el rayo. De cualquier manera que me conciba debo decir: no soy yo. A través de la abnegación arrojo toda forma a la naturaleza creada y la hago aparecer objeto; todo lo que tiende a limitarme: cuerpo, temperamento, deseos, creencias, recuerdos, quiero dejarlo en el extenso mundo suspendido y al mismo tiempo en el pasado, pues este acto de negación es creador de la conciencia y del presente, acto único y eterno del instante. La conciencia significa el suicidio perpetuo. Si se asume en la duración, no obstante ella es sólo actual, es decir acto simple, inmediato, fuera de la duración. El hombre se libera cuando abandona la búsqueda de la libertad; la verdadera resignación es la de quien, por un mismo acto, se entrega a Dios en cuerpo y alma.

Pero hablar de resignación no supone un sortilegio que permita encontrar de inmediato la paz y la felicidad; a menudo no son los resignados, sino los débiles, quienes creen haber encontrado la calma interior. Ellos repiten como hechizos embutecedores las escasas reglas de conducta que se les ha enseñado, y viven así en una abyecta tranquilidad. Aceptan todo pero nada niegan, y por este consentimiento no desean vivir más que esta vida, ornada con esperanzas inaferrables que disimulan su cobardía. La resignación no puede significar algo distinto al abandono voluntario de la voluntad posible. El resignado debe rebelarse a cada instante; de lo contrario, la paz se establecería en su vida y dormiría volviendo a consentirlo todo. El acto de renunciamento no se cumple de una vez para siempre, representa un sacrificio perpetuo de la rebelión.

Es por ello peligroso predicar la humildad en las almas débiles; supone alejarlas aún más de sí mismas. El individuo, fijado y replegado, no puede tomar conciencia de su destino sino en la rebelión. Algo semejante sucede en la sociedad. Así como el individuo se encierra para dormir cobardemente detrás de las murallas de las esperanzas y los juramentos, de manera similar la sociedad se limita

entre los muros de las instituciones. El individualista busca la paz encerrándose en límites precisos y sólidos; igual vía adopta el estado nacionalista. Ni uno ni otro podrán encontrar su camino verdadero, aquel por donde puedan avanzar libres, más que en la rebelión que rompe los límites. El hombre o la sociedad deben estar siempre a punto de estallar, de renunciar, y rehusar siempre a ajustarse a una forma definida. La libertad consiste en entregarse a la necesidad de la naturaleza, y la verdadera voluntad no es otra que la de una acción que se cumple. Esta resignación es, al contrario de la abyección, la potencia misma, porque el cuerpo participa entonces de la naturaleza entera. El *Nitcheu* de los rusos permite comprender el éxito del marxismo en Rusia: “No es nada”, es decir: nada de lo que me empuja a obrar soy yo. Y el esfuerzo de la voluntad no es el querer cumplir una acción, sino el dejarla hacerse en un continuo desapego. Aceptar el materialismo histórico era para los revolucionarios rusos encontrar la libertad.

El hombre, antes de alcanzar el renunciamento, recorre siempre estas tres etapas: la aceptación estúpida, primero, de todas las reglas, de todas las convenciones que le procuran tranquilidad; después la rebelión bajo todas sus formas: lucha contra la sociedad, misantropía, huida al desierto, pirronismo y, finalmente, la resignación, que no deja de suponer un constante poder de rebelión.

El renunciamento es una destrucción incesante de todos los caparazones con los cuales el individuo busca revestirse; cuando el hombre, cansado de este trabajo más duro que el de la rebelión, se adormece en una paz fácil, el caparazón se ensancha y sólo la violencia podrá destruirlo. Rechazar siempre todas las muletillas de las esperanzas, quebrar todas las creaciones estables de los juramentos, atormentar sin cesar a cada uno de los propios deseos y no sentirse jamás seguro de la victoria, tal es el duro y seguro camino del renunciamento.

Hace falta construir la desesperanza de los hombres, para que arrojen su humanidad en la vasta tumba de la naturaleza y para que al entregar el ser a sus propias leyes, las trasciendan. **U**